De repente; de enmedio de las tinieblas de su dostino, un metéoro desconocido vuela en alas del viento, de sima en ejma, recorriendo la selva. El honzente se colors. Los árboles estallan con gran detonacion. Las hojas secas con el soplo del estro, ruedan en torbellinos por la atmósfera. Los pájaros, arrejados de sus nidos lanzan gritos de agonia. Los animales huyen rugiendo iuertemente, de esta escena de maldicion. Los repúles arrancados de entre las quiebras de las rocas, se agitan sobre la verba en horribles conval-

El hombre solo, inmóvil y de pié mira con mudo asombro la sangrienta sombra del intesped que viene a visitaile. No sabe aun si debe alegrarse d entristecerse; però siente un calor suave penetrar por sus fibras, como la alegriy OLUTIPAO presciencia de un

nuevo destino. Comprende la revolucion y grita: He

aquí el primer Rodenior.

El faego estaba ballado. El Dios antiguo estaba El hombre habia conquistado el metal; primeramente el cobre, despues el hierro, y le habia ablandado sobre el yunque para aprovecharse de él. Habia añadido á sus músculos otro músculo inflexible, al que aplicaba toda su fuerza para doblar la materia, domarla, romperla, dividirla, trasformarla, modelarla, y sujetarla como la presa bajo las garras del leon. Despues de afilar el hierro, cortó el palo, primer cetro de la soberanía, y armado con este nuevo poder reinó sobre la naturaleza.

A no encontrar bajo el sol mas provisiones que la caza, alimento de un dia, variable é inmediato. que no

puede guardarse ni capitalizarse para los siguientes, no hubiera pasado nunca el hombre de la primera á la segunda jornada de la civilizacion.

Entre los animales que mataba para devorarlos inmediatamente, vió ciertas especies inofensivas, resignadas por carácter y capaces de domesticarse. En yez de degollarlas como ántes para sus hecatombes y abandonar luego parte de sus cadáveres á los buitres, las encarceló bajo su cetro, presas designadas para su consumo diario en las horas de necesidad.

Reclutó esas razas puramente alimenticias, que debian regenerar al hombre dándole su vida, y que debian sacarle de su pobreza con su misma sangre. Sujetó por eso en primer lugar á la oveja, social y simpática, que se reune en rebaños para pastar la yerba desarrollada en ricas alfombras; y la cabra aventurera é independiente, que busca aislada de roca en roca, la hoja amarga de los matorrales incultos.

Así pudo añadir á sus comidas la leche espumosa ó endurecida, y la carne del cabrito y del cordero, asada sobre las ascuas. Secó al sol las pieles, cubiertas de vellon y se hizo un manto para el cuerpo, un abrigo para la cabeza, una cama para su sueño, unas sandalias para los piés, un saco para sus provisiones, un vaso para aplacar su sed, y un tambor, en fin: para el el baile ó la batalla. Sacó del cuero todos los objetos que más tarde extrajo de diferentes materias. La vida siempre comunista en su origen, exige en las civilizaciones nacientes, y en las especies inferiores que el mismo objeto sirva para varios usos. out outs ellev !.

Para que el carnero no rompiera su pacto recien-

te con el hombre y volviera á su independencia, el pastor debia velarle por necesidad de dia y de noche, y tenerle siempre bajo su mirada. Por eso le siguió á todas partes, le llevaba de los pastos á la fuente, y le traia de la fuente á la pradera. Recogia en su paso al desertor y le volvia á incorporar al rebaño. Este cuidado contínuo le absorvia las horas del dia y le robaba las del sueño.

ba las del sueño.

Pero el olor de la mesa, situada al aire libre, trajo un nuevo huésped al pastor. Este era un carnívoro, humilde y conciliador, que venia del bosque para recoger las migajas del festin. Le seguia de parada en parada, de vivac en vivac, convidado asíduo siempre detras del rebaño.

detras del rebaño.

El hombre acogió con cariño á este huésped hambriento, y le ofreció un cambio de servicios. Le educó y le confió la eustodia de su propiedad errante por las praderas. El perro, eminentemente dócil é imitador por temperamento, comprendió y ejecutó las órdenes. Corrió continuamente al rededor de los pastos, y encerró en el círculo de su carrera el campo vivo del rebaño.

El hombre pasó así del estado cazador al pastoril; se habia enriquecido con toda la vida que el animal que moria por él le trasmitia por una ley invencible de reversibilidad. La propiedad intermitente del cazador, con relacion á la rapiña, se reviste por vez primera en el rebaño con el carácter de duracion. No solo posee el pastor la propiedad actual y nómada que pasea por el valle, sino que posee hasta el infinito la ulterior que ha de nacer de esta propiedad.

Es propietario, en el porvenir, dueño de una riqueza indisoluble unida para siempre á la duracion.

Y como el rebaño se regenera y al regenerarse se hace perpétuo, atrae al hombre y le sujeta á la perpetuidad. Es el primer centro al rededor del cual la nómada humana, hasta ahora diseminada en pequeños grupos, viene á colocarse y á clasificarse. Crea la tribu.

La tribu es la familia multiplicada á semejanza del rebaño reducida como en este á algunas cabezas compuesta de séres iguales, y renovada por la generacion. El dia en que el hombre dejó los corderitos cerca de la oveja, guardó á sus hijos á su lado. Fundó la familia, la familia, es decir, la emision hasta el infinito de su propia sangre, que pasa á su generacion y á la generacion de su generacion. Formó un tratado perpétuo con el porvenir, renovándole de nacimiento en nacimiento. Creyó en la continuidad, al ménos en esta tierra, de su vida encarnada en su descendencia. Contó con los años. Conoció las ideas de prevision. Hizo dar un paso al límite del tiempo. Dió un paso mas en la eternidad.

Comprendió el poder de la duracion, de la perpetuidad, y como el anciano le pareció el símbolo mas evidente de esta idea, le levantó del altar en que ántes le inmolaba al dios del hambre y le decretó la supremacía. Coronó en él esta acumulacion de tiempo, esta superioridad de edad que la civilizacion antigua ha llamado sabiduría. Y así como el carnero cargado de años tenia la direccion del rebaño, el patriarca cargado de años tuvo el gobierno de la tribu. La ley univer-

sal del mundo habia establecido así de la vida á la vida, una misteriosa consonancia.

La yerba se agota mas pronto que se reproduce bajo el diente de la cabra y del carnero. El pastor debia, pues, andar para conquistar otros pastos. Así agrandó su patria. Entró mas adelante en el terreno del espacio. Llevó en su vida este segundo testimonio del progreso, porque el progreso, repitámoslo sin cesar, es un modo mas ámplio de llegar á la extension.

Pero el rebaño no tenia que arrastrar de estacion á estacion mas que su lana. El hombre, al contrario, tenia que llevar en esta peregrinacion el nuevo ajuar de vida que se habia creado: su armadura, su lecho y sus provisiones. Hubiera flaqueado en el camino bajo el peso de la carga si no hubiera encontrado en la numerosa familia animal que le rodeaba, un ser sufrido, dócil, sóbrio, robusto, incansable, dispuesto á prestar sus espaldas á la carga. Este era el asno, primer servidor bíblico de la humanidad, que la ley imperiosa de las armonías preestablecidas parecia haber creado para viajar con paso lento y seguido, á pequeñas jornadas, como el rebaño dándole por alimento el cardo que crece á orillas del camino, y vistiéndole de tuidad, y como di ancieno le pareci color de polvo.

La historia, que no guarda la burla para los bienhechores, debe borrar el anatema de ironía que pesa sobre este preiosocompañero de viaje del patriarca. Debe restituirle su parte de servicios y de méritos en la secular y laboriosa preparacion de nuestro destino. Al entrar en la humanidad para encargarse de la parte mas pesada de nuestro trabajo, ha pagado con su servidumbre el rescate de nuestra primera libertad. Ayudado por él, el hombre ha podido viajar libremente. La procesion errante del rebaño le llevó con secretos instintos de pradera en pradera, de campamento en campamento, á tierras mas fértiles, mas propias para la civilizacion y que la Providencia habia llenado anticipadamente de colinas y manantiales.

Obligado á llevar siempre hácia adelante la baladora tribu, y á seguir la frontera siempre fugitiva del pasto, el pastor debia necesariamente buscar el medio de orientar su marcha por las verdes sabanas del desierto. ¿Pero cómo? La yerba brotaba durante una estacion encima de su huella y el viento barria dia y noche su huella y su senda. El camino, como todas las demas cosas humanas no existia, no duraba. Abierto ayer desaparecia mañana. El suelo, movedizo y frágil, no conservaba en su superficie la impresion perpétua del pié del hombre.

No pudiendo trazar una senda fija, y que se reconociera siempre en medio de la tierra, el hombre levantó lacabeza y halló un camino escrito en el cielo, de constelacion en constelacion. Estudió por vez primera estas infinitas luces que hasta entónces habian brillado confusamente á sus ojos. Conoció sus evoluciones y sus vicisitudes. Desde el fondo de su valle tuvo íntimas y silenciosas amistades con los astros. Aprendió á atritribuirles una gran influencia en su destino.

Despues de llamar á las puertas inflamadas del edén, sacó de esta conferencia con lo infinito una idea purificada de la religion. Dejó de temblar bajo la mano del Dios terrible que le hablaba con la voz del trueno, para bendecir al piloto celeste que le enseñaba con su dedo de fuego un camino en medio de la soledad.

No le adoró en su ira, sino en su magnificencia. Vió en las estrellas apacibles y suaves durante su paso por los arenales, una revelacion visible y misericordiosa de la Divinidad. Esta providencia ménos cruel, le pareció que exigia para su culto ménos crueldad. No volvió á inmolar en sacrifició á un Dios vengador, ninguna victima humana. En vez del hombre sacrificó al animal sobre la piedra del altar. Rescató el diezmo de su sangre con la sangre del rebaño. Sustituyó en el sacrificio el cabrito de Isaac.

¿Será esto que la vida ha sido medida rigorosamente en nuestro planeta, y que el hombre no puede aumentar la suya sin disminuir las que le rodean, que no pueda conquistar una libertad sin crear á su lado una esclavitud? ¿Es su mision atraer todos los séres á su existencia, y sepultarlos en su cuerpo como en un panteon? Por ahora solo toca esta idea. Despues hablaré. Sin embargo, notese que la antigüedad entera ha tenido esta creencia. En todas partes, en todos los países el primer acto del culto ha sido el sacrificio, y cuando la Judea celebraba su Pascua, sirviendo el cordero sobre la mesa de la família, celebraba el rescate del hombre por el rebaño:

Marchaba, pues, el pastor guiado por la estrella hácia su gloriosa predestinacion, y marchando aprendió á hilar el vellon y á reunirle hilo por hilo en tejido suelto y ligero. Así formo de la lana del rebaño la primera cubierta del cuerpo, la túnica, y la segunda, la tienda, habitacion nomada, inconstante como to-

da cosa naciente, continuamente arrollada y desarrollada por todas partes á cada parada en el desierto.

La mujer halló bajo la tienda su primera hora de esperanza y seguridad. Hasta entónces habia sido la desposada del mas fuerte, que la poseia entre lágrimas y gemidos. Pero desde que se estableció la tribu, fué propiedad exclusiva de su marido, que la protegió por la misma razon que cuidaba con esmero su rebaño.

Desde el momento que el hombre comprendió que la cabra y la oveja domesticadas en torno suyo podian producirle un goce y una utilidad que podia cambiarse por otro goce, trasladó esta idea á la mujer, y la dió carácter. La avaluó, segun su juventud, su belleza, su raza, su nacimiento, con relacion á cierto número de cabezas de su rebaño. Así la Grecia de Homero llamaba Alfesibea á la doncella que el patriarca cedia á su marido por un par de bueyes. Por todas partes, en esta segunda hora de civilizacion, la venta ha sido la fórmula única del matrimonio; cuando el pastor no podia pagar su prometida en géneros, la pagaba en servicios. Jacob compró por catorce años de servidumbre las dos hijas de Laban, y aun hoy el salvaje de América, renueva los tiempos bíblicos en la noche oscura de sus selvas.

Comprada así la mujer, ó mejor dicho, cambiada por una parte del rebaño ó una suma de trabajo, pasó del estado de hembra abandonada, de Vénus impersonal, vagamunda y publica, que el hombre saciado arrojaba á otro hombre en medio de los campos, al de cosa adquirida, al de propiedad; en una palabra, estuvo bajo la salvaguardia de la ley explícita, escrita en la tradi-

cion ó en la conciencia que protegia las demas pro-

piedades. El antiguo uso del matrimonio, el rapto, se consideró desde entonces como el crimen de los crimenes, el más despreciable, segun el código usual de la tribu, y para castigarle, la Grecia entera, arrancada de sus playas, fué á Asia, y vertió sobre los tizones encendidos de Troya, la última gota de la sangre de Priamo. El choque de la Iliada fué pues, en realidad, el choque de las ideas de dos mundos, el uno naciente, el otro moribundo. La Iliada es la epopeya de la mujer vengada por los héroes. Totales abolanti esos orio roq

Y, sin embargo, por esta ley de transicion y de solaridad que quiere que Jacob sostenga al nacer el talon de Esau, que la tradicion proyecte su sombra sobre el progreso, como la memoria del pasado, prolongada en el presente, la tribu mezclaba aun un recuerdo de violencia, de rapto á la celebracion del matrimonio. En la Germania, el marido no poseia su prometida sino despues de haber luchado con ella en presencia de sus compañeros, sino despues de haberla cogido por fuerza, y haberla llevado á su casa. La prometida no debia tocar con su sandalia el cancel de la puerta, para probar que, víctima aun de la fuerza, no entraba libremente en su nuevo hogar.

La ley de Manu llamaba á este rapto tradicional, perpetuado por el uso, el matrimonio de los gigantes.

Comprada la mujer, y desposada bajo la forma simbólica del rapto, no era más que una esclava.

Como los ganados, el dia de la venta no podia dar ni negar su consentimiento en el mercado. Era una voluptuosidad del hombre, no era ni una persona ni una voluntad. Al entrar bajo la tienda, se sentaba dócilmente al lado de las demás mujeres, propiedades como ella del marido: era una cabeza en la masa del gineceo (1). No era una esposa; era á lo más, una parte muy infima. La esposa era la coleccion completa del gineceo. Allí esperaba en silencio que llegase la hora del cariño, porque el cariño, aun incierto y flotante, del hombre vagaba á la casualidad, y caprichosamente, en medio de las voluptuosidades de la poligamia. Toda asociacion empieza por la promiscuidad, y desde este momento Dios le rehusa la duracion. Sólo deja caer un momento la sombra de su eternidad sobre esta imperfeccion.a deliberable abblev le mos y diday ed

Pero la mujer encontró trabajo al lado del rebaño. Este trabajo fué su rescate. Habia probado al hombre la utilidad de la debilidad; habia adquirido una ocupacion: hilaba la lana del rebaño. del supedo la ajad

Feliz, y siempre bendita, la fecha misteriosa, hoy olvidada en la historia, en que por primera vez una madre desconocida, Eva regenerada, suspendió de sus manos la rueca cargada de plata. Desde este dia tuvo un destino; el hombre le consideró como un mérito. La poesía antigua tenia razon al poner en manos de las reinas las ruecas. La rueca era un cetro. Era para la mujer, si no un signo real, al menos una dignidad, de an ocaso, Arrejo sus rogos como ardiente, bab

Hilando en paz la blanca túnica, resguardada del

⁽¹⁾ Se llamaba así el cuarto ó pieza donde habitaban las mujeres antiguas.—(Nota del traductor.)

viento y del sol, la mujer arrojó lejos de sí, y para siempre, el trabajo tosco y disforme que ajaba su juventud y contrariaba el desarrollo de su belleza. Sintió en su frente el primer rayo de esplendor. Fué bella, y su belleza fué una nueva emancipacion.

A la caida de la tarde, cuando habia concluido su trabajo, y llenado su cesto, reanimaba el fuego oculto entre la ceniza y preparaba la cena. El marido venia de lejos, empolvado, cubierto de sudor, con los piés ensangrentados y desgarrados por las espinas. Entonces era para él la alegría feliz del descanso despues de un dia de fatiga. Su gracia era ya el óbolo divino que debia rescatarla un dia de la servidumbre.

Se vistió, y con el vestido adquirió nueva naturaleza; separó de su cuerpo la prostitucion de la mirada; cubrió con un velo de Isis ese santuario de vida, para que la idea santificada del amor habitara solamente bajo el pliegue flotante en religioso misterio; anudó, en fin, su cintura sagrada con el triple nudo del cinturon que la constituye sacerdotisa y guarda de su belleza, y marchó en la trasfiguracion de su pudor.

Detengámonos un instante para contemplar solo con la razon, desde el alto promontorio de la historia, esta escena patriarcal de los primeros tiempos de la humanidad.

El sol, pálido y disuelto entre sus vapores, está tocando á su ocaso. Arroja sus rayos como ardiente niebla sobre los picos bronceados de la montaña. La llanura inmensa y desnuda, desarrollada hasta el horizonte como un camino sin fin, presenta á la mirada sus caprichosas é innumerables ondulaciones. Solo algunos grupos de palmeras alumbradas por el sol poniente, y cuyos troncos yacen entre las sombras, levantan sus palmas de oro enmedio de la soledad.

El patriarca mas agoviado por los años, ha descrito con su báculo el sitio del campamento. La tribu ha dispuesto sus tiendas sobre la línea mística del anciano. La columna de polvo que levantan las ovejas al volver de los abrevaderos, flota impelida por el viento en lijeras espirales que se pierden en el espacio. Raquel, la hija ideal del pastor, con la frente serena, entra lentamente en el aduar, cargada de la tela que acaba de empapar en la corriente, mientras que detrás de ella, en el fondo del valle, bajo una bóveda movible de laureles y enredaderas, el ruidoso torrente, desgarrado en las sinuosidades de las rocas, se llena de espuma y lanza en medio del desierto su ronco murmullo.

El rebaño está encerrado. El perro guardian ronda al rededor para alejar á la hiena y al chacal. El asno, descargado durante la noche, come la yerba de la pradera atado al lado de su carga. La llama del vivac empieza á dibujar su viva claridad en medio de la lucha dudosa de la sombra y de la luz. La tribu, esta sociedad naciente, siempre en marcha para hallar otra sociedad, descansa durante una noche, preámbulo confuso del reposo de la ciudad.

El hombre come solo con el hombre, porque en el orgullo de su fuerza, iba á decir, de su barbarie, no ha admitido á la mujer en la familiaridad de sus comidas.

Pero la mujer, sentada en este momento á la entrada de la tienda, al crepúsculo de la tarde, en medio de sus hijos echados en pieles de ovejas, pensando en Dios y enternecida por no sé qué presentimiento, miraba la primera estrella y dejaba caer de sus manos la rueca. Habia entrevisto con los ojos de la pitonisa interior que hace estremecerse eternamente la naturaleza, la esperanza de un nuevo evangelio de justicia.

La noche se estendia en el desierfo; la voz de la meditacion callaba. El perro centinela murmuraba á la puerta de la tienda, llenando el valle de ahullidos. La tribu reposaba bajo el manto de Dios lleno de profecías.

tamente en el edant cargada de la tain que acaba de empapar en la corriente, mientras que demos de ella, en el tondo del valle, bajo una boveda merible de laureles y enredaderas, el ruidoso torrento, desgarrado en la signo-sidades de las rocas, se llena de espuma y

lana, en modio del desierto su ronco murmallo.

El rebedor para dejar il la hiena y al charal. El asno, descarrado durante la nocho, como la verba de la para dei mando durante la nocho, como la verba de la prodesimiente al lado de su carga. Es llamo del virsa empirera di dibujar su viva ciaridad en medio de la lina cha dedoca de la sombra y de la luz. La tribu, esta effectad uncelore, siompre en marcha para hallar ota sociedad, loscansa dimunta una noche, prestabulo con sociedad, loscansa dimunta una noche, prestabulo con

free det rejose de la ciudad.

El lombre come rele con ci d'embre, porque ca el orgallo de sa faerra, iba si decir, de sa barbarie, no la admitido s' la mujer en la familiandad de sus comudaciones mujer, sentada en este momento à la entrada de la tarde, en medio de sus bijos echados en pieles de ovejas, pensando en

cabeza, sintió un ideal mas brillante de lo bello brotar como un reflejo del cielo en su espíritu.

Sacó al arte del estrecho cautiverio en que sobre su persona le habia encercado, para llevarle á su traje y de su traje á su traje á su traje á su traje á su manto rayado, como su enerpo, en anchas franjas; y reservo para el tidolo representante de Dios hajo la tienda, las mas ricas invenciones del color. El arte rompió su primera erisálida para lanzarse en el espacio. Uno por vez primera sobre la madera en el espacio.

y el barro la idea de religion á la idea de belleza. El idoio fue el Dios nomada dos veces sagrado de la tribu. Asociado así al calto, el arte compartió los respetos de la familia, y cuando Raquel, al cambiar de tribu, llevo en su huiqy offuriques, su infancia, Laban persignió á su hija hasta recoger el piadoso museo de

Desde el momento en que el hombre, por su conci-

El hombre, libre de la implacable necesidad de gastar hasta el último minuto de sus dias para buscar el alimento, trasformó en suma de ideas la suma de ócios que le dejaba el rebaño, subsistencia fija y segura. De la sangre y de la leche que corrian gratuitamente en sus comidas, sacó, por una trasfiguracion sublime, una industria, un arte, una ciencia; el hierro, la lanzadera, la rueca; una lengua, una religion, un pensamiento. Reflexionó. Combinó sus reflexiones. Pasó del instinto á la inteligencia.

Al interrogar, con su mirada, á la noche, durante sus largas paradas en las llanuras del Asia, y al contemplar el abismo de explendor desarrollado sobre su